

BR 161

D8

V. 3

HISTORIA
ECLESIASTICA GENERAL

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

Que contiene los dogmas, liturgia, disciplina,
costumbres, heresias, causas, y lo demás de
esta historia desde su establecimiento hasta el
año de 1700.

ROBERTA EN FRANCIS

Por el autor, impresor, en la imprenta de
D. Juan de la Cruz, en la calle de
San Mateo, y en la de San Pedro,
de la Plaza de San Francisco de Asís,
de N. S. P.
el papa Pio VII.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO III.



FONDO ENERARIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESOR EN MADRID
D. JUAN DE LA CRUZ

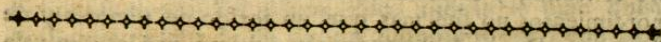
EN MADRID POR CAYO AÑO DE

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.



SIGLO NONO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio griego durante este siglo.

Irene, á quien su espíritu y belleza habian sacado de una condicion obscura para elevarla al trono, se mantuvo en él gloriosamente por su talento y habilidad, hasta que la ambicion y la venganza la hicieron parricida. Baxo el nombre de su hijo habia cometido todos los crímenes que juzgaba necesarios para la execucion del proyecto que habia formado de reynar sola. Logró por este medio hacerle odioso; y quando resolvió sacrificarle á él mismo, creyó, que aunque hiriese esta víctima, no tenia que temer que la atrocidad de una accion que horrorizaba la naturaleza, separase de su persona al senado y al pueblo, acostumbrados ambos á recibir las impresiones que queria darles. Pero se engañaba. Aquel senado, á quien tanto tiempo habia que dominaba con su eloqüencia, y con los encantos de su figura, solo le tenia un respeto de costumbre, sin estimacion y sin afecto; y aquel pueblo, á quien solo su presencia habia inspirado siempre gozo y confianza, no veía ya en ella sino una madre desnaturalizada, una muger cruel, á quien nada podia detener despues de haberse bañado en la sangre de su hijo. Estos sentimientos, tan diferentes de los que en tiempos mas felices habia habido respecto de ella, se aumentaron y se hicieron generales en todo el imperio, quando sa-

007317

crificó á su seguridad los quatro tíos de su marido, Nicéforo, Christobal, Nicetas y Eudoxío, príncipes desgraciados, que al principio habian sido consagrados al servicio de los altares contra su voluntad; y que castrados despues para alejarlos para siempre del trono, hizo finalmente Irene matar sin piedad, por el temor de que algun enemigo secreto no se valiese de su nombre para conspirar contra ella. Pero por mas cuidado que tuvo de asegurarse un reynado tranquilo, no hizo mas que vacilar sobre el trono; y el resto de su vida emponzoñado con remordimientos no fué mas que un tejido de temores y de disgustos. Desde Augusto era la primera vez que se veía el cetro de los Césares en manos de una muger; y para asegurarlo en ellas, á pesar de los zelos de los grandes, y de la inconstancia del pueblo, imaginó Irene unir su suerte á la de Carlo Magno, que acababa de restablecer el imperio de Occidente, y dispuso que se le ofreciese su mano y su fortuna. Un proyecto que se dirigia á reunir baxo la dominacion de Carlo Magno casi todo lo que habian poseido los antiguos señores del mundo, era preciso que se conformase fácilmente con las ideas de ambicion y de grandeza, de que estaba lleno este príncipe. Se aceptó, pues, la oferta de Irene, y Carlo Magno envió embaxadores á Constantinopla para convenir con ella en las condiciones de su casamiento. Mas los medios que empleaba para gozar tranquilamente, á lo ménos en lo exterior, del fruto de sus crímenes, vinieron á ser la causa de su perdicion. En el Oriente no querian un dueño que podia trasladar al Occidente como en otro tiempo la silla del imperio; y los griegos hubieran creído envilecerse obedeciendo á un príncipe descendiente de una de aquellas naciones que estaban acostumbrados á tratar de barbaras. Por otra parte todos los grandes debian estar ofendidos de que Irene fuese á buscar tan léjos un esposo, y que no considerase á ninguno de ellos digno de reynar con ella. Este fué sin duda, á los ojos de la ambicion y de los zelos, el mayor de sus delitos. Todos los que ocupaban alguna elevacion en el estado por su nacimiento, por su fortuna, ó por sus empleos, tenian miras al trono, y buscaban los medios de subir á él. En este tropel de concurrentes, Nicéforo, gran tesorero del imperio, fué mas feliz que los demas, habiendo debido la púrpura á la ha-

bilidad con que supo grangear los diversos intereses de sus rivales; de suerte, que sin saberlo, y creyendo que trabajaban para sí mismos, concurrieron todos á su elevacion. El dinero del tesoro público que administraba le sirvió para corromper la guardia de Irene, que le introduxo en palacio, y facilitó su proclamacion. Irene, vendida y abandonada, todavia gozó de su grandeza en el momento de su caida; pues Nicéforo se presentó delante de ella ménos como emperador, que como cortesano, protestándole su respeto, y aguardando su aprobacion para tomar las riendas del estado. Pero apenas le hizo dueño de lo que restaba de los tesoros adquiridos por Leon Isaurro, de que tantas veces habia abusado, quando la desterró á un monasterio que ella habia fundado cerca de Constantinopla. De allí fué transferida á Mitilene en la isla de Lesbos, en donde murió el año de 803, segun la opinion mas comun. Sus últimos momentos no constan de la historia. Feliz! si supo aprovecharse de ellos para reparar á lo ménos con el arrepentimiento de los delitos que la ambicion le habia hecho cometer. Esta princesa es un exemplo de los caprichos de la fortuna en su elevacion y en su caida. Tal vez entre las mugeres que han reynado, no se halla ninguna que haya reunido en un contraste tan singular mas qualidades buenas y malas, mas talento para gobernar, mas sagacidad en conocer á los hombres, y habilidad en emplearlos, segun su capacidad, mas extension y recursos en el entendimiento, una alma mas noble y mas generosa, con mas arte para fingir sentimientos y virtudes que no tenia, un carácter mas equívoco, así en lo bueno como en lo malo, un corazon mas falso y mas cruel. Siguiendo á esta muger extraordinaria en los diversos acaecimientos de su vida, no se puede dexar de admirarla, de aborrecerla, y de tenerla compasion.

El genio de Irene, aunque cautiva, no cesó de causar respeto á Nicéforo mientras vivió. Débil y vicioso no se creyó pacífico y absoluto señor del imperio, hasta el momento en que la muerte vino á desembarazarle de los temores que le inspiraba el nombre solo de esta princesa. Luego que se vió libre de estas inquietudes, dexando de violentarse, se entregó sin pudor á los vicios que le dominaban. Cobarde, avaro, imprudente, sin valor, sin fe, sin humanidad; y dado á todas las infamias de que se ha

acusado á la secta de los maniqueos, la qual habia abrazado, se hizo en poco tiempo el objeto del ódio y del desprecio público. Asolaban los búlgaros las provincias, y se abanzaban hasta las cercanías de Constantinopla. Empezó Nicéforo rechazarlos sin saber hacer la guerra, ni atreverse á fiarla á los que sabian; y así derrotaron su ejército, y se le halló entre los muertos el año de 811, habiendo durado su reynado, ó por mejor decir su tiranía, nueve años. Estauracio, digno hijo de tal padre, y que le habia asociado en el imperio desde su exáltacion al trono, no tuvo siquiera el honor de morir con la púrpura, de la qual le despojó Miguel, á quien el senado y los soldados proclamaron emperador.

Este príncipe, de sobrenombre Curopalato, porque era gran maestro de palacio ántes de su elevacion, tenia las virtudes que hacen estimables á los hombres en la clase de privados; pero no se advertia en él ninguna de las qualidades que son á propósito para desempeñar con dignidad la soberanía. Aunque íntegro, suave, compasivo y hombre de bien, no tenia ni el valor, ni el entendimiento elevado, ni los muchos alcances que son necesarios para sostener el peso del gobierno. Fué vencido como Nicéforo por los búlgaros; y conociendo su incapacidad, se hizo justicia, y cedió voluntariamente su cetro demasiado pesado para sus manos á Leon, por sobrenombre el Armenio, que habia salvado los restos del ejército. Mucho tiempo habia que este general tenia miras al imperio, y se aprovechó del momento en que parecia que el objeto de sus deseos se ofrecia por sí mismo á su ambicion, haciendo que le proclamasen los soldados que acababa de reunir cerca de su persona. Miguel por no derramar la sangre de los hombres abrazó el estado monástico, habiendo merecido elogios por haberse puesto en el lugar que le correspondia, y por haber sacrificado la diadema á la quietud de sus súbditos.

Si la actividad, el valor, el desinterés y el amor á la justicia, sin la religion y la piedad, bastasen para constituir grandes á los príncipes, nadie hubiera sido mas digno de mandar á los hombres que Leon el Armenio. Pero obscureció estas excelentes prendas, y deshonoró la púrpura por su fanatismo, su impiedad, su hipocresía y su furor en perseguir á los defensores de las santas imágenes,

renovando contra ellos todas las crueldades que han hecho tan justamente odiosa la memoria de Leon Isauro. Esta fué la causa de su perdicion, pues aunque triunfó de los búlgaros, é hizo una paz ventajosa con ellos; su gloria y sus laureles no pudieron sofocar el ódio que la persecucion habia producido en los corazones. Conspiróse contra él, y á pesar de su inquieta vigilancia, á pesar de la dicha que habia tenido de descubrir la conspiracion, y de hacer prender á la cabeza de ella, pereció á los golpes de los rebeldes en su propio palacio; y en medio de su guardia la noche de navidad del año 820, habiendo reynado cerca de ocho años y medio.

Miguel, llamado el Balbuciente, se hallaba preso, y parecia inevitable su suplicio, diferido solamente por la solemnidad de navidad, quando fueron los conjurados á sacarle de la prision para colocarle en el trono. Era de un nacimiento obscuro, y su educacion habia correspondido á su baxeza, no habiendo desmentido ni uno ni otro sus costumbres. Ignorante, supersticioso, débil y cruel fué el tirano de la humanidad, la vergüenza del trono, y el enemigo de la religion, y perpetuó los males del imperio, que los búlgaros y los sarracenos no cesaban de atacar. La isla de Creta, la Sicilia, la Pulla y la Calabria cayeron en poder de los sarracenos de Africa y de España, que seguian con un ardor infatigable su proyecto de conquistas, mientras que el interior del estado estaba continuamente despedazado por facciones y revueltas. Si tuvo Miguel la dicha de disipar la que habia formado uno llamado Tomas, que se decia hijo de la emperatriz Irene, no fué sino para entregarse con ménos moderacion á sus caprichos y á su impiedad. Derribáronse por su orden las imágenes que habia permitido restablecer, y fueron nuevamente desterrados aquellos á quienes habia levantado el destierro. Su religion era una mezcla monstruosa de judaísmo, de maniqueísmo y de magia. Crédulo por ignorancia y debilidad, y cruel por supersticion, se burló de todas las leyes divinas y humanas, componiendo su corte de todas las gentes mas vituperadas por sus excesos é impiedad; y poniendo en el número de sus favoritos á los que sabian inventar algun nuevo modo de ultrajar el cielo y la naturaleza. No quedó la tierra libre de este monstruo hasta el año de 829, des-

pues de ocho años y nueve meses de un reynado tan funesto para el estado como para la Iglesia.

Teófilo, hijo de Miguel el Balbuciente, subió pacíficamente despues de la muerte de su padre á un trono, al qual ya había mucho tiempo que no se llegaba sino por el crimen; y sus principios anunciaban un reynado de paz, de justicia y de piedad: tanta arte tenia para ocultar los vicios de su corazon baxo la apariencia de las virtudes contrarias. Hizo muchos actos de prudencia y equidad, que dieron las mas lisongeras esperanzas de él á todos los órdenes del estado, principalmente á las cabezas de la religion. Mas pronto se disiparon. Teófilo cesó de fingir, y se mostró tal qual era, impío, vicioso, suspicaz, sanguinario, enemigo del mérito, al qual temia, y siempre pronto á sacrificar en fuerza de las relaciones de la envidia las cabezas mas amadas y mas respetables. Perseguió como su padre las imágenes, y á los que las honraban: declaró la guerra á los monges, é imaginó nuevos medios de envilecerlos y atormentarlos. Encaprichado estúpidamente en los prestigios de la magia, juntó la credulidad mas absurda á la irreligion mas escandalosa; y bastaba haber hecho algunos servicios importantes al estado para excitar sus sospechas, y llegar á ser el objeto de su cruel ingratitud. De ello fueron tristes pruebas Alexo, Manuel, Teófobo y todos los que le ayudaron á ganar algunas ventajas á los sarracenos, y á los demas enemigos del imperio. La patria atacada por todas partes, con dificultad hallaba defensores baxo un príncipe pérfido y zeloso, que pagaba con el destierro ó con la muerte los frutos del valor y de la habilidad. Los sarracenos se aprovecharon de los desórdenes y confusion que los vicios del gobierno hacian cada dia mas sensibles; y sus armas que encontraban poca resistencia, se señalaban muchas veces por la destruccion y la victoria. El único consuelo de la humanidad, y el único recurso de la virtud en medio de tantos males era la emperatriz Teodora, princesa virtuosa, y de una piedad sólida. Algunas veces detenia la mano de su esposo pronta á descargar el golpe, y evitaba algunos crímenes: pero no podia, ni prevenir ni reparar todos los efectos de su maldad. Conocia el emperador las buenas prendas de esta princesa, y al morir le confió la tutela de Miguel su hijo, y la suerte del imperio. Tal vez

Teófilo que con todos sus defectos no carecia de luces y de talento, se hubiera hecho tan estimable como fué odioso, si las felices disposiciones que la naturaleza había puesto en él se hubiesen dirigido por los principios de la religion, y por el zelo del bien público. La muerte de este príncipe en 842, á los trece años de su reynado, hizo pasar el cetro á manos de Miguel III., de edad de tres años, baxo la administracion de su madre Teodora, y la asistencia de tres ministros escogidos entre los hombres mas ilustrados en la política, y mas versados en la direccion de los negocios que había en la corte; y eran el eunuco Teoctisto, el discreto Manuel, y Bardas Patricio, hermano de Teodora.

El primer uso que esta princesa creyó debía hacer de su poder, fué restituir la paz á la Iglesia, y restablecer el culto de las imágenes, por cuyo medio se proponia ganar el afecto de los pueblos, y atraer sobre sí, sobre su hijo, y sobre el estado la proteccion del cielo. Habia mucho tiempo que no se veia la justicia, la beneficencia y la humanidad en el trono de Constantinopla; pero Teodora dió este hermoso espectáculo al mundo en todo el discurso de su regencia, y no tuvo de que arrepentirse esta princesa tan hábil como virtuosa, sino de haber confiado la execucion de sus órdenes contra los maniqueos á unos hombres violentos y malos políticos, que hicieron degenerar la severidad necesaria contra esta secta enemiga de la sociedad en una persecucion cruel que despo-
bló provincias enteras, é hizo pasar á los sarracenos una multitud de vasallos, á quienes animaron el fanatismo y el resentimiento para la venganza. Viendo los enemigos de afuera la suerte del imperio en manos de una muger y de un niño, creyeron que podian quebrantar impunemente los tratados, y atacar las fronteras. Mas supieron que quando una muger tiene como Teodora todas las qualidades de un hombre grande, su sexo no es un obstáculo para la execucion de las cosas mas heroicas. La grandeza de alma, y la firmeza de la regenta, intimidaron á Bogoris, rey de los búlgaros, y deruvieron sus malos designios. Su prudencia, felizmente ayudada por Teoctisto y Manuel, logró restablecer el orden en las rentas y demas partes de la administracion. Pero los zelos de Bardas interrumpieron el curso de sus útiles operaciones,

haciendo perder pronto toda su ventaja. Este ministro elevado despues á la dignidad de César, nada omitió para apoderarse del jóven emperador, su pupilo y sobrino; y habiéndole inspirado desconfianzas contra Teoctisto y Manuel, y contra su propia madre, el primero fué asesinado; el segundo por evitar igual suerte renunció los negocios, y fué á ocultarse en un retiro; y Teodora cubierta de gloria fué desterrada á un monasterio, llevando consigo el sentimiento de todas las gentes honradas. Hecho Bardas único árbitro del gobierno, lisonjeó los vicios de Miguel; y para conservar con mas seguridad el predominio que habia tomado sobre él, favoreció sus inclinaciones perversas, su gusto á la disolucion, sus locas profusiones, y los excesos de todos géneros en que sin pudor se precipitaba. Desde este momento volvió á caer el estado en todos los desórdenes que Teodora se habia aplicado á reformar con su prudencia y economía: Bardas cometió impunemente todos los delitos que le sugirieron la ambicion y la venganza, y Miguel no teniendo ya freno, se abandonó públicamente á todas las infamias, de que habia mucho tiempo que hacia en secreto su única ocupacion con los cómplices de su vida licenciosa. Neron era el modelo que se proponia imitar, y se puede asegurar que en muchas cosas excedió los horrores con que este monstruo, oprobrio de la naturaleza, se habia manchado, sin temer el juicio de la posteridad. Los excesos mas groseros y abominables, la irrision de las cosas santas, y la imitacion sacrílega de nuestros mas antiguos misterios eran sus juegos ordinarios. Una conducta tan detestable, que ni aun se tomaba el trabajo de encubrir á los ojos del público, le hizo el objeto del desprecio y de la exécracion. En vano Basilio el Macedonio, á quien habia asociado al imperio, se esforzó en reducirle con sabios consejos á la decencia y al respeto que se debia á sí mismo. Acostumbrado á vivir sin sujecion, y lleno de despecho, porque se atrevian á reprehenderle, resolvió deshacerse de un cólega, cuyos avisos y censura no podia sufrir. Advertido de esto Basilio, precavió los efectos de su cólera, haciéndole asesinar en una ocasion, estando ebrio ó borracho. Habia reynado este príncipe, tan justamente aborrecido, cerca de veinte y seis años desde la muerte de su padre hasta el año de 867, en que sucedió la suya.

Aunque todavía no habia cumplido treinta años, habia llenado ya la medida de todos los delitos; costando trabajo el creer que siendo tan jóven, y despues de una infancia formada por los cuidados de Teodora, de todos los vicios que pueden degradar la humanidad, y deshonorar el trono, no habia ninguno, cuyo hábito no hubiese contraído. Sin embargo, tal es el horrible retrato que la historia nos ha dexado de este otro Neron, demasiado fiel en imitar las costumbres del que fué el azote de la antigua Roma.

Basilio el Macedonio fué confirmado unánimemente en la dignidad de emperador por el senado y por el pueblo; pues no habia que echarle en cara mas que la muerte de su cólega, accion cuyo horror parecia que disminuía á los ojos de la política la necesidad de atender á su propia conservacion. Quando ya no tuvo rival, trabajó constantemente en procurar que se olvidase este crimen de estado, y en reparar las pérdidas que habia tenido el imperio en el reynado de Miguel. Los maniqueos, á quienes los rigores de Teodora habian obligado á tomar las armas, y unirse á los sarracenos, fueron atacados, vencidos y destruidos en el Oriente en muchos combates por el emperador mismo; y hasta los sarracenos aprendieron á respetar las fronteras. La Siria y la Mesopotamia fueron testigos de sus derrotas, y el nombre de Basilio se hizo tan formidable para ellos, que hasta los últimos años de su reynado no se atrevieron á emprender cosa alguna contra la quietud del imperio. Miguel habia dado todos los empleos importantes y lucrativos á los compañeros de sus vicios, y habia llenado los tribunales de sugetos indignos, que vendian la justicia, y envilecian la magistratura. En vano el pueblo oprimido por estos hombres codiciosos, se quejaba de sus exâcciones y de sus robos, porque sus gritos no llegaban al trono, ó no eran escuchados. Basilio echó á todos estos pequeños tiranos de los puestos que habian usurpado, substituyéndoles hombres de una integridad conocida, que merecian la confianza de los pueblos por sus luces y probidad. Este príncipe recomendable por tantas buenas prendas, engañado hácia el fin de su reynado por la hipocresía de dos malvados, cometió muchas faltas, de que tendremos ocasion de hablar en lo sucesivo, las que obscurecieron su gloria, y

Dios le castigó por ellas, permitiendo que los sarracenos contenidos hasta entónces por el miedo y el respeto volviesen á tomar las armas, y alcanzasen diferentes ventajas en el Oriente y en la Grecia. Hicieron tantos progresos en su espíritu las delaciones y los malos consejos, que sin embargo del carácter suave y equitativo que siempre habia mostrado, estuvo muy cerca de manchar sus manos en la sangre de Leon su hijo, el qual se habia hallado modo de hacérselo sospechoso. Pero al fin reconoció la inocencia de este príncipe que subió al trono despues de él; y habiendo vuelto de su preocupacion, le restituyó todos sus derechos, mirándole otra vez con los afectos de padre. Este fué el último suceso de su vida, que se terminó en 886, despues de un reynado de diez y nueve años, durante el qual se esforzó en borrar con sus virtudes y hazañas la memoria del crimen que le habia asegurado la posesion del trono.

No se debe juzgar de las costumbres y conducta de Leon, hijo y sucesor de Basilio, por el renombre de filósofo y de sabio que le dió su pueblo. Estos términos que nuestro uso ha consagrado para explicar la feliz union de las luces del entendimiento con las virtudes del corazon, solamente se aplicaban entónces al saber y al mérito literario. En este sentido era Leon digno de los bellos títulos con que la historia le ha distinguido de los demas emperadores de su nombre. Tenia un entendimiento adornado de los mas copiosos conocimientos, hablaba con eloqüencia, escribia con pureza, amaba las letras y protegía á los sabios. Su infancia habia estado confiada á los hombres mas hábiles de su tiempo, entre otros al célebre Focio; y sus felices disposiciones, cultivadas cuidadosamente, le hubieran conducido á la reputacion y á los empleos, aun quando hubiese nacido en una clase inferior á la en que le puso la providencia. Sin estar exento de flaquezas tuvo virtudes, habiendo merecido justos elogios su dulzura, su bondad, su desinterés, y el cuidado que tuvo en todos tiempos de seguir los pasos, y de averiguar la conducta de los que tenian el manejo de los negocios baxo sus órdenes. La mayor parte de las faltas que cometió se las sugirieron los que puso junto á sí, á quienes dió muchas veces una confianza excesiva, de que abusaron. No se le puede disculpar, diciendo que las al-

mas honestas son las que los impostores y los malvados engañan con mas facilidad: porque la primera prenda de un soberano es conocer á los hombres, y el principal objeto de su vigilancia debe ser apartar de sí á los artificiosos y seductores. Por no haber seguido Leon esta máxima, fué muchas veces extraviado por sus favoritos; y los lazos que armaron á su rectitud, hicieron no pocas veces que se convirtiesen en desgracia del estado unas qualidades que hubieran debido asegurar su gloria y prosperidad. Conocía el arte de la guerra, del qual habia dado algunas lecciones en una obra estimada sobre la táctica conforme á los usos y práctica de su tiempo. Sin embargo sus armas casi siempre fueron desgraciadas, y su reynado notado por los progresos casi continuos de los búlgaros y de los sarracenos. No se le vió deshonrar su dignidad como la mayor parte de sus predecesores con la disolucion y los escándalos; pero la inclinacion que tuvo á las mugeres, y los enredos de corte en que se ocupó sobradamente, causaron las desgracias, que hubiera ahorrado á sus vasallos, si una política mas firme, y una aplicacion mas sostenida hubiesen dirigido siempre el uso de su talento, coadyuvando á sus buenas intenciones. Ni su zelo por la Iglesia, ni su sincera adhesion á la doctrina católica, como ni tampoco su gusto á las ciencias, no pueden hacer que disimulemos su floxedad y su ciega preocupacion por unos hombres indignos de los puestos á que los habia elevado. Con la mayor parte de las buenas qualidades que forman los hombres grandes en la esfera suprema, anduvo una larga carrera sin haber hecho nada para su propia gloria, y aun ménos para la del imperio, que en su reynado perdió la consideracion y el esplendor que habia adquirido en el de su padre. Vivió Leon hasta el año 11 del décimo siglo, y reynó mas de veinte y cinco años.

Nada hemos dicho aquí de la parte que tomaron todos estos príncipes en los intereses de la religión, mas frecuente para desgracia que para ventaja de la sociedad christiana. Estos objetos, especialmente el asunto de Focio, que hace época en la historia de la Iglesia, se presentarán luego baxo los títulos á que se refieren, para ser tratados en ellos con la extension que les corresponde. Antes de pasar á la discusion de estas materias importan-

tes, no apartemos nuestra atención del Oriente, en donde tenemos todavía que considerar los progresos del motelismo, y su influencia sobre los acontecimientos de este siglo, en quanto á la religion y á la política.

ARTICULO II.

Estado de la religion y del imperio de los musulmanes en el Oriente en el siglo IX.

Aroun-Al-Raschid, príncipe amigo de las ciencias, á quien los historiadores árabes han dado como á porfía tan justos elogios, gobernaba todavía el imperio de los califas á principios de este siglo. Fuese por ternura para con sus hijos, ó por imitar el uso de los príncipes franceses, tocante á la sucesion del trono, de que podía haber sido instruido por los embaxadores que habia enviado á Carlo Magno, dividió antes de morir sus vastos estados entre sus tres hijos Amin, Mamon y Motassem. Al primogénito le dexaba el título de califa con las dos autoridades, la religiosa y la civil, que caracterizaban la potestad musulmana. Los dos segundos baxo las órdenes y dependencia de este, que era el gefe del estado, tenían grandes gobiernos compuestos de muchas provincias, en que exercian todos los derechos anexos al poder soberano. Esta division causó entre los musulmanes los mismos efectos que produjo tan largo tiempo entre los franceses; esto es, rivalidades, divisiones, guerras civiles, y todos los crímenes, que son consecuencia ordinaria de ellas. Zelosos y descontentos los tres hermanos se armaron el uno contra el otro; el primogénito para conservar los derechos de la soberania, y los segundos para obtener la independencia: lo que fué un manantial fecundo de muertes, de pillages y de desolacion. El fuego de la discordia abrasó todo el imperio de los musulmanes, y hubo pocas provincias, y aun ciudades que no tomasen parte en estas funestas disensiones. Despues de derramada mucha sangre, y de una gran variedad de sucesos, la mayor parte de ellos opresivos para los pueblos, víctimas siempre en las querellas de los príncipes, Mamon, vencedor del estúpido Amin y del débil Motassem, se hizo único due-

ño del trono, que su valor y prudencia aseguraron por todo el resto de su reynado.

Este califa, que nosotros llamamos Al-Mamon, casi siempre estuvo en guerra contra Teófilo, emperador de Constantinopla. Al principio consiguió de él el príncipe griego ventajas considerables: pero habiéndose mudado la suerte de las armas, toda la felicidad se convirtió de parte de los musulmanes, que tomaron muchas ciudades del Asia menor, destruyendo las torres y las murallas que les servian de defensa, matando los ciudadanos, y haciendo por todas partes un inmenso botin. Al-Mamon no solamente se ha hecho recomendable por sus victorias, sino que adquirió una gloria aun mas sólida por la sabiduría de su gobierno, por su liberalidad, su dulzura y su amor á las ciencias. Componíase su corte de todos los personajes mas ilustres que habia entónces en el mundo, atrayéndolos con sus beneficios, y fixándolos allí con las ventajas y comodidades que hacia que hallasen. Los escritores árabes alaban su zelo por la religion de Mahoma, y su exactitud en observar todas las prácticas de que está cargada. No puede la imparcialidad de la historia negar á este califa los justos elogios que se deben á los príncipes virtuosos, ilustrados, amigos de la justicia, de las letras y de la humanidad.

Despues de la muerte de Al-Mamon pasó el cetro de los musulmanes á manos de su hermano Motassem, último hijo del califa Aroun. Es de admirar que este príncipe, nacido en una corte sábia y culta, hijo y hermano de dos soberanos célebres por sus conocimientos, que hicieron florecer las ciencias, y honraron los sábios, haya sido ignorante hasta el punto de no saber leer ni escribir. Pero si los hombres de letras no hallaron en él un protector benéfico, y un justo apreciador de los talentos, todas las gentes honradas vieron con admiracion en su persona un modelo de todas las virtudes reales y civiles. Suave, generoso, compasivo, modesto, enemigo del fausto y de los gastos superfluos, empleó sus riquezas en aliviar á los infelices, y en extinguir la mendicidad. Su aplicacion al por menor del gobierno nunca afloxaba: todo lo veía por sí mismo en quanto era posible, y procuraba no entregar su confianza sino á hombres incapaces de abusar de ella. A pesar de tantas buenas qualidades, y de una con-